

Entre paréntesis

El ciclista

LUIS MEANA

Es el ciclismo un deporte de minorías: de esos campesinos que, como los toreros, no tienen otra forma de huir de la azada que el riesgo. Es la bicicleta un instrumento anacrónico como el azadón en una época dominada por tractores en el campo y por reactores en el cielo. Es el ciclismo un deporte inmisericorde, la última forma de tortura que se ha dado a sí mismo el hombre. La bicicleta es una manera de mostrar cuál es el destino del campesinado: aguantar todos los soles, sufrir todos los golpes, arriesgar todos los días el pellejo para que te suban en un podio. El podio es la contrapartida del terruño. Hoy, como siempre, para salir de ese terruño hay que subirse al filo peligroso de la muerte, muerte por la que ha pasado, ahora, otro inocente, que, como cualquier otro torero, quería salir de la miseria del

campo dando ese salto mortal de la bicicleta: se llamaba Casartelli y no tenía por detrás más que una sombra de anonimato, pero desde ahora tendrá, como el torero que muere trágicamente en la plaza, un lugar en la historia. Lloro al guerrero muerto por una espada tonta que el destino distraído había dejado, desenfundada, en la curva de una cuneta, contra la que se le fue a Casartelli la cabeza como si fuera llevado por la atracción fatídica de las piedras. Casartelli es ya un santo en los altares del infierno ciclista. No ha muerto con la gloria de los pilotos de fórmula uno, que mueren como héroes de la técnica, tampoco con el aura del atleta, que parece un santo que muere por la gloria de la física del récord. Pero Casartelli se ha muerto como un santo de una religión pobre y anacrónica, con pocos capelos y poco lujo, la de los terrones, así que el halo de la

distinción no se le pegará tan fácil como se les pega al resto de los deportistas, que parecen como las clases conspicuas del deporte frente a estos chicos baturros de la rueda, a los que el mundo les ha puesto la gorra para ocultarles la boina. Intentan ahora introducir el casco en el ciclismo, pero el casco es un objeto propio del obrero y de la revolución industrial y, por lo tanto, no les pega: a ellos sólo les pega en la cabeza la boina porque en ellos clama el grito del agro. Ahora ese tractor llamado «la serpiente multicolor» le ha pasado por encima del cuerpo a este sembrador distraído de Italia, Casartelli, porque la prudencia, por grande que sea, también duerme un día la siesta, y precisamente ese día se le presentó a Casartelli la Parca y se lo llevó al cielo. Queda llorando un niño de meses y una mujer estupefacta. Italia, que parecía tan industrial-

mente lombarda, recuerda así que también es campo. El pelotón sigue rodando con el fantasma metido en el cambio «Campagnolo», que viene a ser como el Mercedes de los cambios, y ese fantasma reaparecerá, en todas las curvas de la carretera, durante una larga temporada. Los campesinos de la bicicleta seguirán mirando al cielo para ver si caen, como siempre, golpes, agua, piedras y aguaceros, porque el cielo nunca se apiada de los campesinos. La bicicleta es siempre una condena por la que se sube de los pozos profundos de la sociedad a los podios de la gloria. Gloria tras la que está siempre la muerte, silenciosa y traidora, que trata siempre de cazar a un inocente que bajaba un puerto con la memoria puesta en el lago de Como y el corazón en tocar las glorias sociales. Maldita Parca, maldita azada, maldita pobreza.

Rigor aznarista

ALBERTO CANO

El clima anticorrupción que vivimos en España desde que estalló el lejano (y hoy risible, a la vista de lo sucedido) «caso Juan Guerra» también se cobra víctimas en el principal partido de la oposición. Durante la última semana, los medios de comunicación han dejado de enfocar en parte el agonizante Gobierno socialista y han puesto a prueba la coherencia del líder del PP, José María Aznar.

Ateniéndose al criterio de que las responsabilidades políticas ante casos de corrupción deben asumirse sin esperar al dictado de los tribunales, Aznar ha forzado la dimisión de uno de los pesos pesados del PP: Gabriel Cañellas, presidente de Baleares desde 1983. Pese a la torpeza del procedimiento (Cañellas renunciaba al cargo a cambio de su exculpación en el informe interno del partido sobre la supuesta adjudicación irregular de las obras del túnel de Sóller), que deja las puertas abiertas a la repetición del «caso Hormaechea» en las islas, Aznar ha tratado de ser consecuente con su discurso público en vistas a una próxima llegada a la Moncloa.

En cualquier caso, la resolución de este asunto apunta a dos conclusiones, una interna y otra externa, que afectan al futuro político de Aznar. Por un lado, la dimisión de Cañellas supone la desaparición de un «barón regional» de importancia, que no vinculaba su situación de poder con el proceso refundador emprendido por Aznar en 1990. Por ello, el líder popular consolida su dominio en las direcciones regionales del partido con hombres de su confianza, a la espera de la retirada de Manuel Fraga en 1997.

Por otra parte (y quizá más importante para la opinión pública), Aznar emite una señal sobre su comportamiento ante las irregularidades que puedan presentarse durante su hipotética presidencia del Gobierno. El tiempo dirá si el rigor actual se corresponde con su actuación posterior o si su discurso incorruptible atiende al oportunismo de apartar al presidente del Gobierno a cualquier precio con el eslogan de «¡Váyase, señor González!».

Quesada



Abuelos

LUIS ARIAS ARGÜELLES-MERES

A cabo de seguir muy de cerca la experiencia de alguien que se ha vaciado escribiendo una novela. En uno de sus «capítulos», un niño de 7 años visita por primera vez el pueblo de sus abuelos. Nada más llegar, abuelo y nieto recorren casa y alrededores. En ese primer acercamiento al «entorno», el niño conoce por boca de su abuelo antiguas y apasionantes anécdotas de la casa y de la vida de los antepasados. A partir de ese instante, la criatura se sentirá vinculada a ese lugar y a su leyenda para siempre.

Se me ocurrió pensar en la gran importancia que en el despertar de la curiosidad de un niño han tenido siempre los abuelos. En los tiempos actuales esta tradicional función ejercida por los

abuelos es más necesaria que nunca. Vivimos en una época en la que se producen cambios de velocidad vertiginosa. Y son los abuelos los únicos capaces de informar a los niños de otros mundos que ya no existen, al tiempo que despiertan en ellos la curiosidad y la fantasía, de una forma mucho más eficaz que toda esa caterva de teorías pedagógicas encaminadas a lo que los cursis llaman «el fomento de la creatividad».

Ortega, en el prólogo a la *Filosofía de la historia* de Hegel, decía que, entre todas las cualidades del hombre, tal vez la más admirable fuese la curiosidad, el afán de conocer, el *sapere aude* kantiano. Pues bien, resulta que en la era de la preocupación por la *creatividad*, los viejos son

unos pesados que se pasan el día hablando de historias que no interesan. Y, al margen de la condena moral que tales planteamientos merecen, olvidan que, apartando a los abuelos de la vida familiar, se priva a los niños del medio más eficaz para que surja en ellos la curiosidad y el interés por la historia, no por la que se escribe con mayúsculas, sino aquella otra que da cuenta de una vida cotidiana que, sin las narraciones de los abuelos, difícilmente se encuentra en los libros. Toda una atrocidad que cometen unos «papás» y unas «mamás» que se preocupan de mandar a sus infantes a música, a danza, a pintura y a centellas americanas para que «desarrollen la imaginación». Los mismos «papás» y «mamás» que dicen que los abuelos o sue-

gros son unos «cargantes» que siempre hablan de «lo antiguo». ¡Hace falta ser cretinos, Dios mío, hace falta!

Hace muy pocos días, me encontré con un ex alumno con el que hablé de una determinada localidad situada en el occidente asturiano. Me dijo que, según le había contado su abuelo, en tal lugar hubo en otro tiempo una intensa actividad comercial. Y afirmó a continuación que, consultando en un diccionario enciclopédico, se encontró con que era exacto lo que su abuelo le había testimoniado. Parece indiscutible que, sin la intervención del abuelo, jamás la curiosidad le hubiese llevado a una pesquisa, por sencilla que fuese.

Séneca escribió que gracias a los libros la persona se enriquece muchísimo más, pues facilitan conocimientos de otras vidas y de otros tiempos que, sin ellos, no conoceríamos nunca. Pues esa sagrada misión de los libros puede verse incrementada gracias a los testimonios de unos abuelos que pueden y saben contar los trabajos y los días de un mundo que hasta hace no muchas décadas se estaba. Privarnos todos, especialmente los niños, de esos testimonios que tanto nos pueden aportar es una salvajada. ¿Acaso puede concebirse un mundo más salvaje que aquel en que nadie cuenta ni escucha historias? ¿Ay de nosotros el día que no haya un abuelo/a que sepa contar o inventar el *cuento de la raposa!*

